# ESPERANDO A GODARD

Michel Vianey

# ESPERANDO A GODARD

Traducción de Guillermo Piro

INTERZONA

INTERZONA

Vianey, Michel
Esperando a Godard / Michel Vianey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.
176 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Guillermo Piro.
ISBN 978-987-790-133-7

1. Ensayo Literario. 2. Cine Contemporáneo. I. Piro, Guillermo, trad. II. Título.
CDD 791.4301

*En attendant Godard* fue publicado por primera vez por Grasset en 1967

© Sophie Vianey & Marest éditeur, 2025

© interZona editora, 2025
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Traducción: Guillermo Piro
Edición integral: Fátima Nieves García
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Imagen de tapa: Philippe Le Tellier
Imagen de contratapa: Jean-Louis Swiners

ISBN 978-987-790-133-7

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

I

Los proletarios franceses pagan más que los capitalistas.

II

Mao es hoy, erróneamente, el favorito de los enemigos del Tercer Mundo.

III

Mallarmé creía estar en la página (blanca) sin pensar que con él abolía el azar.

IV

Goupil la vio en cuanto habló con Ysengrin.

V

Bergson tenía razón al llamarlo bola de nieve, ya que es un privilegio de los niños.

VI

Los de Lacan, Althusser y Barthes quedaron pasados de moda por los de Montaigne.

VII

Remordimientos.

VIII

Como lo hacen respecto al futuro, los guardias rojos lo hacen respecto al pasado, de forma análoga a un campo raso.

IX

Amargo.

X

Allí vivimos, dijo un viejo compañero de Brecht y Frog Edgar Poe.

XI

Se añaden las famosas obras del padre de Myrto y se transforman en el Teatro de Francia.

XII

Mi semejante, mi hermano.

XIII

Las Compañías Republicanas de Seguridad pasan ahí las nueve décimas partes de sus sombrías existencias.

XIV

Stevenson encontró allí un tesoro y Julio Verne un misterio.

XV

Verano e invierno, sigue siendo diverso.

XVI

$$\frac{\text{algo x 2}}{2} = \text{Algo}$$

XVII

Se habla de él durante el postre en los círculos cultos cuando hemos agotado la política y las mujeres.

JLG

# Advertencia

El personaje de este libro es necesariamente un personaje trunco. Es por eso que Jean-Luc escapa de esta historia y se llama Edmond, fuera de su alcance y del alcance de los demás, como Jean-Luc, que no es singular porque nadie es una excepción a la regla.

Podría por lo tanto tratarse de una obra de ficción (me dije muchas cosas durante estos cuatro meses), a la que Edmond o Jean-Luc, quieran o no, acuden empujándose uno al otro: "Ve tú –¡Oh no, mierda, ve tú!" habría servido de modelo y alimento. Un intento ambicioso –no se me ocurrió pensar en otra cosa– de comunicar un momento de la existencia, incomunicable, naturalmente. De todas maneras, debo advertir al lector eventual que no se trata de una monografía ni de un libro de introducción al arte cinematográfico. Entonces, ¿qué es exactamente? Realmente no lo sé.

Michel Vianey

# I

*El amor, por lo tanto*
*también*
*estiró la pata.*

*(Mayakovsky)*

Los ojos resguardados detrás de sus círculos negros, atento al pizzicato de un violín, a lo mejor al ruido de una cortadora de césped o incluso a la conjura de los dos, Edmond Godard aparece en la terraza del Gatto Bianco. Los hombres bulliciosos que lo seguían se dispersaron gesticulando, y se quedó solo.

–*Aaah, minavoruixi nava* –dijo el que se sentó primero, desplegó el menú y levantó el brazo en dirección a una nube de color caqui.

Era en 1963, en el mes de junio, en Capri.

Edmond se quedó solo en lo alto de los escalones, con el sombrero en la mano, los ojos fijos en la hilera de mesas, con el aspecto de una gallina sorprendida por un ruido sospechoso. Yo nunca lo había visto. Reconocí su soledad. Se traiciona desde el primer momento por una especie de tensión, cierto desgano por estar o parecer en el mundo en el que los solitarios tienen el aspecto de entrar a la fuerza.

Me puse de pie y me presenté.

–Ah, perfecto –dijo sin titubear, alisándose las dos puntas negras de su pelo levantadas por una tibia brisa–, vamos a comer juntos.

–Sí –dije, pero él no se sentó, miró todo alrededor, como hacen los nadadores en la playa cuando salen del agua.

–Llegó usted en el momento justo –dijo–, justo tenía ganas de hablar con alguien, y en este momento no veo a nadie con quien pueda.

Pero no se sentaba. Un pájaro cazó un mosquito al vuelo, se posó en una parra, deglutió dos o tres veces, sacudió sus plumas y se fue volando. Entonces se sentó.

Por lo general nada resulta más forzado, salvo quizá un primer beso, que ese acto banal que consiste en masticar, tragar la comida y simultáneamente usar la boca para sonreír y conversar con un desconocido. Pero contra todas las expectativas, habló largamente, comió sin apetito y otra vez largamente habló con voz ligeramente sibilante, sin gestos superfluos, con sus manos bronceadas en reposo cuando no las usaba, casi negras en contraste con el mantel blanco.

Se quejó del aislamiento del creador, solo en lo más profundo de su creación.

Sí, pensé yo, pero los otros siguen siendo como son, mientras que el creador...

Realmente necesitaba que lo escucharan.

Segundo cinturón de soledad, la indiferencia de los actores y los técnicos. ¿Cómo provocarlos para que salgan de sus inquietudes genitales, de su tranquilo sopor? ¿Piensan en el porvenir de una imagen?

Qué importa, pensé, el futuro se hará sin ellos. Un avión luminoso, a la deriva en el cielo, ¿a dónde se dirigía?

De Brigitte Bardot solo opinaba cosas buenas.

–Ella está muy bien –dijo–. No es tan inquietante como imaginaba. Muy dócil. Trato de no contrariarla nunca. Cuando algo anda mal, camino con las manos y ella se pone contenta.

Eso la divierte, sí, sí. Edmond camina cabeza abajo. Ella ríe y aplaude.

Violento y tímido, se puso de pie, con una sonrisa crispada.

–Vamos a visitar la casa de Malaparte –dijo encendiendo un Boyards.

La casa de Malaparte se eleva encima del mar Tirreno, donde pocos días después Brigitte tiró cáscaras de naranja, la naranja de Epicuro, cuya suave caída siguió atentamente hasta las olas que rompían contra las rocas veinte metros más abajo.

–Soy como todo el mundo –dijo inclinándose–. Tengo la misma ansia de felicidad. Quisiera ser feliz...

Todos intentaron mostrarle cómo se hace, pensé, pero no lo consiguieron. No sabía qué responderle. Quizá debía haberle tomado la mano, pero el sol complicaba las cosas.

Cansado de su voz, Godard guardó silencio. Visitó las habitaciones, recorrió la terraza de esa casa que parecía un garaje y luego regresamos, en silencio, al centro de Capri.

A lo lejos, embarcaciones bamboleantes.

Una vez, durante un largo viaje que serpenteaba a través de la montaña, inclinó el sombrero hacia mí. El cri, cri, cri de los grillos.

–Me gustan mucho –dijo– los héroes de Homero. Sí. Vivían de una manera mucho más noble, más viril, más intensa que nosotros.

Denso olor a lavanda, a pino y a luz cálida.

Me sorprendió que se dejara seducir por estos atletas sin cerebro que solo soñaban con ampollas y chichones. Tal vez, pensé, este joven sombrío está buscando, a través de elevados y rudos ejemplos de valentía, el coraje para afrontar la ruptura de algún vínculo nupcial con el mundo. Evidentemente, sufría. No de una desesperación banal y estéril, sino más bien de un dolor productivo al que parecía muy apegado, como si de alguna manera hubiera encontrado el dolor que le faltaba.

Una impresión de fondo de nadie.

Fritz Lang y su monóculo de gala.

Desde las seis de la tarde se armaba de alcohol contra las angustias crepusculares de la muerte. Se volvía locuaz, exhibía su corazón. Cenaba en la mesa de Godard, taciturno pájaro nocturno sentado en la profundidad de un silencio fortificado.

–Edmond, esa idea de la bata amarilla, celos, ¿no es cierto?, que lleva Giorgia Moll en el plano que filmamos hoy

*erudita esta Giorgia: Mallarmé, Píndaro o Heine, recitaba todo en su lengua y estaba tan bonita en su bata de baño*

es excelente. ¿Pero cree usted que el público lo percibirá? Los celos, quiero decir, *natürlich*. Todas esas alusiones, esos símbolos ingeniosos que ponemos en una imagen se le escapan al público...

Godard mastica diligentemente, inclinado sobre su plato. Piensa en Gustave Flaubert. Un fórceps para cada novela. Su cara sonriente mal afeitada inclinada sobre el plato.

–Mozo, otra botella –ordena Fritz, enemigo de la brutalidad, de la incapacidad de pensar en los demás que caracteriza a este ambiente degenerado y egocéntrico. (Ya verá, decía una hora antes, el productor se hará cargo de todas las consumiciones, salvo de las de la *script*. Todas, salvo las de la *script*. Tenga cuidado, Fritz se da cuenta de todo.)

–Edmond, ¿a qué hora empezamos mañana?

Edmond levanta hacia él sus ojos inquietos, azules, aunque dejen en la memoria un recuerdo de negro.

–No sé.

–¿Necesitará de mí?

–No sé.

Todas las noches, después de la cena, acompañaba a Fritz a tomar su última copa en la plaza Umberto I iluminada por los faroles.

–Brigitte despierta tendencias caballerescas –dijo–. Un joven debe de tener deseos de salvarla de los demás.

–Lorelei.

–Sí, pero el que la haga reír se quedará con ella.

"Está equivocado –dijo ella–, pero lo quiero mucho. Fui la primera en ir a decirle buenos días".

–Sí.

–Ella fue la primera en venir a saludarme –dijo él– con una gracia, una gracia...

Mandolinas, violines, rostros quietos, crema Chantilly, y justo detrás de ese haz de luz, la tentación del mar sumergido.

–Cuando vuelvo a mi habitación, solo por la noche, y me miro en el espejo mientras me lavo los dientes, me digo: Fritz, vas a morir pronto, y entonces me pregunto: ¿Qué quedará de ti luego de todos estos años de existencia?

Fritz miraba la luna llena que se balanceaba la otra noche en la ventana del gran salón de los Macbeth.

–¿Qué dice usted?

–Nada.

–Y entonces respondo: nada, no quedará nada.

¿A qué edad podemos decir que vivimos lo que correspondía? Nunca.

–Morir es dejar de ser lo que nunca debimos ser, escribió Schopenhauer.

–Sí, pero Schopenhauer era un hombre vil.

–Sí.

–En cambio, déjeme decirle...

Todo lo que vi gracias a un ojo supernumerario.

La historia de cierta mujer que recibía a un bailarín argentino en ausencia de su marido, quien una noche descubrió en su casa la camisa de ese hijo de puta, probablemente escondida en el armario, y no dijo ni una palabra pero invitó a la infiel al Stork Club, donde le regaló un collar de finas perlas, después de lo cual no volvió a engañarlo; él lo contó porque veía allí una hermosa historia de amor que se eleva hasta las estrellas, si comprendí bien, o bien simplemente para retrasar el momento de cerrar los ojos para dormir. Pero una noche u otra tenemos que hacerlo.

Mañana se filma, Dios mío.

Brigitte, al pasar por aquí bajará la cabeza, y bajo la campana de la chimenea usted descubrirá el trasfuego transparente.

Se filma.

Habiendo cargado a Piccoli
de un sombrero que lo protege de las voces fuertes
y que no se quitará nunca
después de que ella le echó en cara
una palabra cruel
le confió el papel principal
inmediatamente después del de la estrella
todo lo que tenía que decir era:
los sombreros también mueren
pero nadie lo escuchó

Estábamos en el mes de mayo, me parece. Brigitte, hermosa como la luz de la mañana, estaba sentada en el alféizar de la ventana y balanceaba sus piernas desnudas en el aire.

–Es raro es raro es raro ese tipo, ¿tú no lo encuentras raro?, yo lo quiero mucho, pero es raro.

Raro raro raro
Suizo extraño
No hay nada que decir
Extremidades que andan sobre las manos

–Yo creo que sufre. Un sufrimiento tan grande que deja mudo. ¿Entiendes?

Sí. Pero en mi opinión, lo que lo hace tan poco tratable es su objeción de conciencia polimorfa.

–El cine es la caverna de Platón –dijo sentado en una piedra sobre el mar resplandeciente como un metal en fusión.

Idea que se corresponde muy bien con las verdades contingentes sobre las que construir una dialéctica. Sobre esta misma piedra, con una rodilla doblada en la concavidad de las manos entrelazadas, pensó que sería útil escribir un día, en esa línea, el libro de una película.

–Para en el caso de que, nunca se sabe, el cine llegara a desaparecer, quedaran sus huellas –dijo este Santo Tomás del cine que nunca tendrá igual.

Este libro loco, tres años más tarde, fui llamado a escribirlo. Volé, me precipité, fui feliz, todavía estoy balbuceando...